diciéndome el señor Martínez de Diego—supone para los admiradores del general la realidad elocuente de su testamento: página repleta de sinceridad, de entereza y de heroismo, con la que finalizan las jornadas terrenas de aquel famoso militar, cuya vida fué como un bello episodio de la historia de España.

José Rico de Estasen.

(«Fotos» 25-7-53)

Rafael de la Mora

PINTOR DE LA DIFICIL NATURALIDAD

Pablo Verlaine, aquel poeta de la dulce tierra dorada de Metz que tenía "algo de penitente y de fauno", exclamó en uno de sus versos:

Aquí os ofrezco frutos, flores, hojas y ramas, y en ellos, mi corazón.

Pedía luego el poeta piedad para su corazón cansado, vertido en los demás para su regocijo y deleite. Así también este pintor callado, casi anónimo, Rafael de la Mora, ha hecho de su cuarto de trabajo una celda, y de su vida, un silencio cuajado de colores y de aromas. El corazón de Rafael de la Mora,—cordobés de la raiz a la fantasía, de la cabeza a los pies que dicen otros—está vertido en sus cuadros. No muchos pueden decir lo mismo desde la muda y expresiva confesión de sus lienzos. Estos cuadros que se alinean con timidez y recato a la luz de la tarde nos llenan los ojos de una suprema lección: su naturalidad. Hace mucho tiempo que esta naturalidad ha escapado del arte, de la emoción, del corazón del hombre. Encontrar, de pronto, una vida que así se consagra a la delicia de lo sencillo, a la delicia de la verdad, es un asombro que nos devuelve, súbitamente, la plenitud de un arte que no muere ni pasa. Pintar es esto: lo que Rafael de la Mora hace. Día tras día, hora tras hora, en su estudio, bien cuidadas las entradas de la luz, bien bruñido y adiestrado el silencio el pintor va recreándose en la tela dándole los toques morosos, necesarios, justos, al dibujo. El dibujo. Ya está

BRAC, 68 (1952) 306-308

aquí la primera virtud con que el artista nos da su corazón. El pintor, que sabe toda la resonante claridad que el dibujo da a su obra, está en plena posesión de una pura estética. El color se subordina a la veracidad En la fuerza expresiva está el rango de cada estilo Este dibujo, celosamente defendido, es el primer escudo de Rafael de la Mora Es para su arte como la cuña bruñida de un escudo sobre el que mueren, desazonados, los rayos del rencor y la furia. Justo en su equilibrio, Rafael se sostiene a través de los años. Y ahora

RAFAEL DE LA MORA

nos llama para mostrarnos su nueva Exposición pictórica para las galerías sevillanas de Velázquez, en plena sazón expositiva. Y nos llama con esa proverbial sencillez que tienen todas sus cosas. Nos enseña cada uno de los cuadros, calladamente, como en un recogimiento sobre el que sabe pisar limpiamente con su honradez y su verismo de artista grande.

Y así vienen a nuestros ojos su *Bronce y flores*, en el que cruzan figurillas pintadas en bronce viejo ante una tela dorada, blandamente caída, casi tan evidente que su tacto hiere por dentro de nuestra mirada hasta darnos la pura y clarísima dimensión del tacto. Así también sus *Magnolias*, su *Indecisa*, delicada, sutil, airosa, re-

BRAC, 68 (1952) 306-308

suelta humanamente en el fino azogue del espejo... Los cuadros de Rafael de la Mora nos devuelven la vieja idea—perdida—del arte por el arte puro. Vuelve a darse en él aquello que Eugenio d'Ors decía de Velázquez: «el mediodía, la pintura-pintura». Rafael de la Mora milita en este ejército de los que exhiben abiertamente sus armas de lealtad y buen servicio a la emoción tal y como la naturaleza y la vida saben dárnosla.

Aquí os ofrezco frutos, flores, hojas y ramas,

Nos recrea consagrar esta alabanza al exquisito y fino pintor de Córdoba, profesor ahora de Anatomía en la Escuela de Bellas Artes sevillana. Nos recrea porque ha sabido vencer toda tentación punible y ha llegado a esta difícil naturalidad en la que el arte legítimo, de oro de ley, tiene alzadas sus resignadas tiendas de campaña. ¡Ah! El secreto está en esa resignación que nos hace aguardar el más oculto zumo de las horas. Cuanto ahora pinta Rafael de la Mora tiene no sólo un presente maravilloso de veracidad y calidades. Tiene también una historia inmediata de valoración, que tal vez el mismo artista no sospecha aún.

Sólo aquello que tiene pureza está en el camino de la verdad. Decía Taine. Sólo aquello que obedece a interiores arquitecturas está en el camino de la permanencia y la maestría Rafael de la Mora arranca a su pintura de las mismas raíces entrañables, escondidas, de su corazón. Con nada se queda. Todo sabe decirlo en sus cuadros. Sus flores, sus telas prodigiosas, sus búcaros de cerámica que se toca y se gusta, sus frutas, sus paisajes, sus árboles, cuanto es vivo y orgánico, cuanto es goce de los ojos y de la vida, palpita bellamente en los cuadros de Rafael de la Mora, este pintor de Córdoba, que de niño soñaba junto a Julio Romero de Torres por los caminos del Campo de la Verdad y bajo la piedra del Arcángel medianero. Este pintor sencillo, enclaustrado en su celda, quieto en su silencio, en esta blanca Sevilla de Heliópolis, ha salido ahora al corazón de la ciudad y—como en un rito doloroso—ha expuesto sus cuadros en esta galería de Velázquez, diciéndonos a todos:

...y en ellos, mi corazón.

Con la vida en los ojos, con las raíces de la conciencia en los ojos, decidme: ¿son muchos los que podrían ofrecer lo mismo que Rafael de la Mora?

J. Montero Galvache

(«A B C», Sevilla, 3-12-946).

96